
LUDUS VITALIS Y EL JUEGO
DE DESCUBRIR
LA NATURALEZA HUMANA INTEGRAL

VICENTE CLARAMONTE SANZ

Tal vez fue el físico inglés Charles Snow (1905-1980) el primero en señalar a la discontinuidad entre la cultura de ciencia y la cultura de humanidades como una de las principales patologías de la sociedad moderna, cuando afirmó que menoscababa la calidad de la educación a escala mundial y constituía una notable rémora para resolver los problemas globales (Snow, 1963). Desde una perspectiva epistemológica, lo cierto es que las relaciones entre las ciencias de la vida, por una parte, y las ciencias sociales y humanidades, por otra, han sido en general enrevesadas, plagadas de olvidos, desencuentros y desaires.

Entre los hitos que trazan esta discontinuidad entre las ciencias vitales y las ciencias sociales y humanidades destaca uno, por cuanto ejemplifica paradigmáticamente su desencuentro: responder en profundidad a la pregunta filosófica ¿cuál es la naturaleza humana? Uno de los factores que contribuyó en mayor medida a impedir la reconciliación entre el universo de discurso propio de las ciencias vitales y el propio de las ciencias sociales deriva de la reserva manifestada por los expertos en estas últimas hacia articular un discurso desde una concepción de la naturaleza humana sensible a lo que las ciencias de la vida descubren progresivamente sobre la condición biológica, social y psicológica del ser humano.

No obstante, desde el surgimiento de la teoría darwinista, ciertos científicos expresaron el convencimiento de que, en un futuro más o menos próximo, la investigación de los principios naturales de la biología habrían de unirse irremediabilmente con el estudio de las ciencias sociales y la reflexión humanística hasta conceptualizar una perspectiva nueva, capaz de comprender la naturaleza humana a partir de bases científicas y exenta en lo posible de pensamiento de autor o meramente especulativo. Así se podría ofrecer una noción de ser humano reconciliada con su condición de ser vivo y con su pertenencia al reino animal, tan sujeto a la dinámica immanente de la evolución como cualquier otra especie.

La historia del siglo XX, en concreto la carnicería producida por sus dos guerras mundiales y en especial el espanto derivado del desprecio hacia la condición humana acaecido en los campos de concentración y exterminio,

Departamento de Lógica y Filosofía de la Ciencia, Universidad de Valencia, España. /
vicente.claramonte@gmail.com

evidenció la urgencia de una doble y recíproca necesidad. Unas ciencias de la vida cuya comprensión del ser humano incorporara un componente humanista y unas ciencias sociales en las que la reflexión sobre la naturaleza humana constituyera un eje vertebrador. Circunstancia que propició superar la perspectiva de una relación entre ciencias vitales y sociales entendidas como áreas de conocimiento estancas y, llegadas las últimas décadas del siglo pasado, condujo a un paulatino desarrollo de ambas con un marcado carácter interdisciplinar.

Con el siglo XXI, aquella premonición germinal augurada en sus orígenes por el pensamiento darwinista ha terminado fructificando por doquier en el mundo del conocimiento globalizado. Resulta ya insuficiente explicar el ser humano sólo a partir de modelos culturales y mecanismos sociales. Ahora deviene indispensable exponer además los engranajes microsociales de índole naturalista —evolutivos, biológicos, neurológicos, psicológicos, etc.— que permiten fundamentar con solidez el análisis macroscópico, exposición irrealizable al margen de una comprensión científica de la naturaleza humana. Así, parafraseando el célebre soliloquio de *Hamlet* (Shakespeare, 2015), desde la perspectiva de una epistemología evolucionista contemporánea, ésta sería la cuestión crítica: ser un humano integral o no ser.

Hace veinticinco años, *Ludus Vitalis* comenzó la andadura de abrir el horizonte para profundizar en la alternativa fecunda de dicho dilema. La visión nueva de un ser humano integral mediante, según manifiesta su declaración de intenciones, el estudio y reflexión de los problemas meta-científicos --ontológicos, epistemológicos, metodológicos, éticos, históricos, sociológicos, etc.-- de disciplinas como la biología, medicina, antropología, lingüística, etología y las ciencias cognitivas. En suma, a través de un sincretismo entre ciencias vitales, ciencias sociales y humanidades, estableciendo al efecto un marco dialógico destinado a fomentar un debate analítico y crítico entre intelectuales comprometidos con la contribución a una antropología filosófica elaborada sobre bases científicas actualizadas y consistentes.

Desvelada la necesidad de un nuevo humanismo, integral mas no antropocéntrico, si ha de guardar coherencia con una epistemología auténticamente evolucionista, ningún actor del conocimiento queda exento ya de hacer sus deberes interdisciplinares. Ni el científico naturalista, ni el filósofo, ni el historiador, ni el teórico social. Sin hallarse iluminada por un modelo antropológico-filosófico integral, diría Immanuel Kant (1724-1804), la tarea del científico naturalista transcurriría ciega; indiferente al flujo de evidencia científica contrastada sobre el *Homo sapiens*, el cometido del filósofo y el del teórico social resultaría vacío (Kant, 2009, A51). El científico encerrado en su laboratorio soñando con gritar *eureka* sin atender a la filosofía, la sociología y la historia, corre serio riesgo de engendrar

monstruos. El sociólogo y el humanista ajenos al progreso de las ciencias vitales se tornan anacoretas en la torre de marfil de su mera especulación misantrópica.

Esta vocación sincrética de *Ludus Vitalis* desenmascara las carencias de un conocimiento archipelágico sostenido por especialistas aislados, carencias habitualmente conducentes a una *Weltanschauung* hasta cierto punto parcial y desfigurada (Dilthey, 1980). Exigir un programa naturalista con alcance omnímodo y exclusivo, i. e., explicar la evolución humana sólo a partir de condiciones naturales, de un tejido conceptual exclusivamente físico-químico, sin valorar la acción de factores históricos, culturales, sociales, psicológicos, etc., redundante cuanto menos en reduccionismo, sin olvidar el serio riesgo de incurrir en un caos explicativo, en saturar la información hasta lograr no otra cosa que desinformar, ofreciendo hipótesis disparatadamente fantásticas privadas de toda verosimilitud. En el otro extremo, concebir la cultura como una realidad en sí misma, estanca por haber superado definitivamente las determinaciones de la naturaleza, cual reino *apartheid* segregado de sus homónimos protistas, moneras, hongos, plantas y animales, y del cual la idiosincrasia biológica del ser humano ha sido expatriada, equivale a la pretensión metafísica de superar las férreas e inexorables constricciones derivadas de las leyes de la naturaleza por la pura fuerza intelectual del concepto.

Correlativamente, las ventajas de la interdisciplinaria entre ciencias vitales, ciencias sociales y humanidades resultan asimismo patentes. El teórico social se beneficia de la investigación naturalista por su potencial para proporcionar una heurística que permita refutar los modelos especulativos contradichos por la evidencia científica, detectar sus inconsistencias y recategorizar las cuestiones clave de la teoría social. Ello le permite reorientar la metodología y el horizonte de su investigación sobre bases empíricas y establecer nuevos objetivos de estudio que avalen reformular el núcleo duro del modelo estándar de las ciencias sociales hasta adecuarlo al estado actual del conocimiento sobre el ser humano (Castro, Castro y Morales, 2013, p. 24). El investigador naturalista se sirve del acervo ofrecido por las ciencias sociales y humanidades para prevenirse contra la implicación en el desarrollo de una ciencia sin alma, presuntamente neutral o equidistante entre ciudadanía y grandes intereses, ajena a las lecciones de la historia, éticamente aséptica y miope respecto de las consecuencias sociales derivadas de sus propios resultados.

Esta reivindicación de la idea snowiana, inicialmente citada, sobre la necesaria continuidad entre cultura de ciencia y cultura de humanidades, ha terminado fructificando con diversos desarrollos teóricos sustanciosos, si bien, curiosamente, han procedido en su mayor parte y con más intensidad o mejor fortuna desde las ciencias vitales hacia las ciencias sociales y humanidades, y no tanto viceversa. Quizás el primer hito más claro y significati-

vo se halle en la *Sociobiología* de Edward Wilson (1925-), cuyo objeto básico, como es sabido, consiste en explicar el comportamiento social de todas las especies biológicas, *Homo sapiens* incluido, en términos de sus ventajas evolutivas, con la premisa de que la conducta de animales humanos y no humanos no puede explicarse satisfactoriamente teniendo en cuenta tan solo factores culturales y mediambientales, e intentando ampliar el concepto de selección natural para dar cuenta de la etología animal y de los sistemas sociales en general (Wilson, 1980). En la misma línea hallamos la psicología evolucionista, cuyo programa pretende comprender la conducta a partir de la historia evolutiva: componen la mente de primates humanos y no humanos mecanismos psicológicos evolucionados desarrollados mediante selección natural por su utilidad para lograr la *fitness*, de modo que las peculiarísimas características cognitivas del *sapiens* --memoria, percepción, sistema emocional, lenguaje, etc.-- serían básicamente adaptaciones, el producto funcional último de la selección natural (Pinker, 2003).

Tal vez el perfeccionamiento de este maridaje entre cultura científica y cultura humanista deba concluir con el reconocimiento del estatus epistemológico de la idea de evolución biocultural, en sintonía con la teoría de la herencia dual o coevolución gen-cultura (Durham, 1992). Las capacidades culturales son adaptaciones surgidas mediante mecanismos psicológicos evolucionados genéticamente, y la evolución cultural fue objeto de selección positiva por ofrecer ventajas adaptativas. *Ergo*, la cultura evoluciona a partir de procesos de aprendizaje social transmitidos intergeneracionalmente y, en definitiva, los genes y la cultura coevolucionan, pues los rasgos culturales configuran los entornos ambientales y sociales en los que actúan fuerzas evolutivas como la selección natural, el flujo genético y la deriva génica. Así se explicarían casos bien documentados como la selección natural de la tolerancia hacia el almidón y la lactosa a partir de su incorporación generalizada a la dieta humana tras el descubrimiento de la agricultura y la ganadería durante la revolución del Neolítico (Holden y Mace, 2009). Estabilizar la tesis de la evolución biocultural podría aventurar la hipótesis, digamos neolamarckista, indagada por la investigación epigenética actual, en cuanto muestra mecanismos que permiten la transmisión de caracteres adquiridos. Si bien es cierto que falta acumular todavía mucha evidencia científica para establecer la importancia relativa de la epigénesis en la evolución, no es menos cierto que, si se demostrara que una variación epigenética hereditaria puede desempeñar algún papel relevante en la variabilidad fenotípica y en la eficacia biológica relativa de una población, ello supondría una ampliación y un cierto avance significativo en el estado actual de la síntesis moderna.

En su compromiso con estas perspectivas, metodologías y temáticas, hoy celebramos que *Ludus Vitalis* ha cumplido ya su idilio durante unas bodas de plata. Ojalá asistamos también, cuanto menos, a las de oro.

BIBLIOGRAFÍA

- Castro, L., Castro, M. y Morales, J. (2013), *Ciencias sociales y naturaleza humana*. Madrid: Tecnos.
- Dilthey, W. (1980), *Introducción a las ciencias del espíritu*. Madrid: Alianza.
- Durham, W. (1992), *Coevolution: Genes, Culture, and Human Diversity*. Stanford: Stanford University Press.
- Holden, C. & Mace, R. (2009), «Phylogenetic analysis of the evolution of lactose digestion in adults». *Human Biology* 81(5/6): 597-619.
- Kant, I. (2009), *Crítica de la razón pura*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pinker, S. (2003), *La tabla rasa: la negación moderna de la naturaleza humana*. Barcelona: Paidós.
- Shakespeare, W. (2015), *Hamlet*. Madrid: Cátedra.
- Snow, C. (1963), *Las dos culturas y la revolución científica*. Buenos Aires: Sur.
- Wilson, E. (1980), *Sociobiología: la nueva síntesis*. Barcelona: Omega.